

Juan Manuel de Rosas, el Ejército Unido y la geopolítica rioplatense *Algunas hipótesis y lecturas historiográficas (1840-1851)*

Mario Etchechury-Barrera

CONICET / Universidad Nacional de Rosario

El proceso de formación y la trayectoria del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina (1840-1851) sirven como observatorio para explorar desde un ángulo poco frecuentado la política regional llevada adelante por Juan Manuel de Rosas en el Río de la Plata; en particular, sus complejos vínculos con los grupos “federales” del litoral y el interior y su intervención en las disputas civiles del Estado Oriental del Uruguay, en el contexto de la intensa conflictividad regional e internacional que la historiografía suele definir como la “Guerra Grande” (1838-1852).

En este artículo no abordaremos la deriva bélica ni los detalles de las campañas militares protagonizadas por el Ejército Unido, sino que propondremos algunas hipótesis en torno a su rol dentro de la geopolítica trazada por Rosas en la región. Hablar de la geopolítica implica no solo abordar las relaciones diplomáticas con los demás poderes de la cuenca rioplatense o con las potencias europeas, sino también —y a veces, sobre todo— reconstruir las tramas conspirativas y las alianzas subterráneas que el gobernador de Buenos Aires presentaba a sus interlocutores como amenazas inminentes, aunque fuesen, en realidad, lecturas arbitrarias o distorsionadas de algunos eventos concretos. Su alusión a un supuesto “Gran Plan” unitario dirigido a anarquizar a la entera región fue utilizada con

sagacidad y no poco maquiavelismo para intervenir en el área y presionar a otros gobiernos. En ese sentido, si bien Jorge Myers nos aclara desde la introducción de su ya clásico *Orden y virtud* que su investigación se circunscribirá, con pocas excepciones, a la provincia de Buenos Aires, no por ello deja de proponer algunas hipótesis pertinentes para abordar este problema. Resultan interesantes sus apuntes acerca de la articulación por parte de Rosas y sus colaboradores de una panoplia de instrumentos de poder informales, entre los que destacaba el empleo de “la guerra civil o su amenaza como forma de gobierno”, un aspecto que podemos considerar como un elemento constitutivo de la geopolítica del período.¹ De hecho, como señala el autor, acompañándose del historiador de la Antigüedad Moses Finley, el mar de fondo bélico, lejos de constituir una anomalía, fue estructurador del orden político desde fines de la década de 1830 en el ámbito del litoral y el interior de la Confederación. Esta conflictividad interna se concatenó con las intervenciones diplomáticas y militares anglo-francesas, desarrolladas sobre todo entre 1838 y 1845, eventos que en

¹ Jorge Myers, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2011, p. 20.

su conjunto terminaron por crear un complejo panorama regional.

Ahora bien, si el Ejército Unido constituyó una de las principales herramientas de intervención de Rosas en la región rioplatense, su historia se inscribe en un proceso un poco más largo y situado fuera del territorio confederal, iniciado a mediados de la década de 1830. Pese a que la historiografía tradicional suele presentar a “blancos” del Estado Oriental y “federales” de la Confederación Argentina como aliados “naturales” en una causa común contra “unitarios”, “colorados” partisanos de Fructuoso Rivera y agentes franceses, en realidad los vínculos entre el gobernador de Buenos Aires y Manuel Oribe, que asumió como presidente del Estado Oriental del Uruguay en 1835, no fueron cordiales. La liberalidad con que el gobierno uruguayo gestionó el problema del exilio antirrosista asentado en el territorio oriental constituyó materia de continuas controversias que crisparon las relaciones entre ambos mandatarios. Por un lado, Rosas desarrolló a través de diversos canales diplomáticos un esfuerzo sostenido para que Oribe tomara conciencia de que la insurrección acaudillada en Uruguay desde 1836 por Fructuoso Rivera y sus aliados formaba parte de una conspiración mucho más vasta, una hidra de múltiples cabezas que no podía ser batida sin llevar adelante una política de represión firme. Para consolidar esa política Rosas se apoyó en la idea de que existía un “Gran Plan” unitario, una conspiración con diversas ramificaciones dirigida a formar una liga americana que reeditara el antiguo proyecto de Simón Bolívar, con uno de sus ejes en la Bolivia de Santa Cruz.² Para sustentar esta visión conspirativa, Rosas apeló a la existencia de una misión previa, desarrollada en Bolivia

en 1834 por Francisco J. Muñoz, durante la presidencia de Fructuoso Rivera. En realidad, como se desprende de las instrucciones, el enviado oriental había sido comisionado para gestionar una Confederación hispano-americana con el fin de negociar de manera conjunta los límites estatales con el Imperio del Brasil. Sin embargo, Rosas sostendría poco después que esta misión encubría una trama dirigida a desestabilizarlo, una sospecha que se apoyaba en las conversaciones que el diplomático oriental había tenido durante su tránsito a Bolivia con los gobernadores de Córdoba, Salta, Tucumán y Catamarca, a los que había expuesto el objetivo de su misión. El hecho de que Muñoz, una vez acabada la gestión de Rivera, fuese designado por Oribe como ministro de Hacienda se transformó en un nuevo motivo de controversia con Rosas. Asimismo, como se puede apreciar en la correspondencia diplomática del período, Rosas instó en varias oportunidades al presidente oriental a que ejecutara una persecución más radical y sistemática de las redes de “unitarios” extendidas entre Montevideo y el *Hinterland* rural. Se trataba de un claro esfuerzo por trasladar una lógica faccional de “guerra a muerte” que Oribe no parecía dispuesto a condescender, en un intento por “neutralizar” y aislar al Estado Oriental de los conflictos regionales e internacionales.³ Mientras tanto, en febrero de 1836, Rosas nombró al coronel Juan Correa Morales como agente especial en la capital uruguaya, con el objeto de recomponer las relaciones entre ambos Estados e influir sobre la nueva administración para que erradicara a los principales cabecillas de la “emigración argentina”, una misión que causó rispideces y que ya delataba la intención del líder federal de intervenir con mano fuerte en

² Juan Pivel Devoto, “La misión de Francisco J. Muñoz a Bolivia. Contribución al estudio de nuestra Historia Diplomática (1831-1835)”, *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, Tomo IX, 1932.

³ Archivo General de la Nación, Montevideo, Colección Assunção, Caja 57, De Juan Manuel de Rosas a Manuel Oribe, Buenos Aires, 24/10/1836.

la otra orilla del Plata. Durante su residencia en Montevideo, Correa Morales criticó de forma severa a Oribe, catalogándolo en su correspondencia oficial como una “nulidad” política cuya tolerancia hacia los unitarios hacía presagiar su inminente ruina.⁴ De hecho, en agosto de 1836, cuando la rebelión acaudillada por Rivera y sus aliados había cobrado vigor en el territorio oriental, Rosas negó de forma explícita brindar el apoyo militar que Oribe le había solicitado poco antes, aludiendo a obstáculos formales y logísticos. La negativa encubría un claro intento de presión política sobre Oribe, ya que, como se desprende de las comunicaciones cruzadas, Rosas señaló que el gobierno de la Confederación solo podría llegar a colaborar en la pacificación oriental si se firmaba una convención “por la que se me asegurase de una marcha firme, rápida y decisiva, y que de logro el triunfo contra los rebeldes, ese Gobierno extinguiría en todo el territorio del Estado hasta las más pequeñas raíces de la presente rebelión”.⁵

La situación comenzó a cambiar cuando Oribe, cercado política y militarmente, renunció al poder en octubre de 1838 y se trasladó a Buenos Aires con un grupo de oficiales y civiles.⁶ Desde allí el mandatario depuesto, que había protestado por su renuncia al poder, catalogándola como resultado de la violencia ejercida contra su gobierno, dio a conocer un manifiesto en el que acusaba a los agentes

franceses de haber colaborado de modo activo en su caída.⁷ Bajo esas nuevas coordenadas geopolíticas, Rosas, convertido en anfitrión de los emigrados oribistas, pudo desarrollar una estrategia geopolítica más acorde a sus intereses. Si bien no conocemos los detalles de las negociaciones entre los dos líderes, el gobernador porteño siguió reconociendo a Oribe como “Presidente legal” del Estado Oriental, y desde un inicio le adjudicó un rol militar en las operaciones que se estaban planeando. La oportunidad para insertar al mandatario oriental en la campaña de pacificación de las provincias del interior y el litoral se concretó tras la derrota sufrida por el ejército comandado por Pascual Echagüe en la batalla de Cagancha (29/12/1839), desarrollada en el territorio uruguayo. A partir de allí Rosas y sus colaboradores comenzaron a organizar un nuevo contingente que poco después recibiría la designación de Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina. Inicialmente se trataba de un conglomerado heterogéneo de oficiales y tropas orientales, porteñas y santafesinas, al que Rosas trató de cohesionar designando a Oribe, en octubre de 1841, como su Jefe interino, en atención a su rango de brigadier general. Así, a través de una estrategia en “dos tiempos” Rosas creaba una poderosa herramienta para intervenir, primero en el concierto provincial y luego al otro lado del Plata, permitiendo así que Oribe se trasladara al Estado Oriental para reclamar el poder. Tal como apuntaron desde distintos ángulos Ernesto Quesada, Julio Irazusta, Mateo

⁴ Alicia Vidaurreta, “La segunda misión de Correa Morales al Uruguay (1836-1838)”, *Historia*, vol. 9, n° 33, 1961.

⁵ De Juan Manuel de Rosas a Manuel Oribe, Buenos Aires, 02/08/1836, en F. Ferreiro (ed.) “Documentos referentes a la guerra civil de 1836-1838”, *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, n° 2, tomo II, 1922, p. 621. Hemos modernizado la ortografía de la nota.

⁶ Mateo Magariños de Mello, *El Gobierno del Cerrito. Colección de documentos oficiales emanados por los poderes del Gobierno presidido por el Brigadier General D. Manuel Oribe, 1843-1851*, tomo I, Poder Ejecutivo., Montevideo, s.p.i., 1948, pp. 157-158 y 206-207.

⁷ *Manifiesto sobre la infamia, alevosía y perfidia con que el contra-Almirante francés M. Leblanc, y demás agentes de Francia residentes en Montevideo, han hostilizado y sometido a la tiranía del rebelde Fructuoso Rivera al Estado Oriental del Uruguay, que conforme a su Constitución, se hallaba bajo la presidencia legal del Brigadier General D. Manuel Oribe*, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1838. En este opúsculo también se reproduce la mencionada “Protesta” que Oribe dirigió a la Asamblea General oriental el 24 de octubre de 1838.

Magariños de Mello y Víctor Tau Anzoátegui, con ese movimiento Rosas lograba unificar la dirección militar, y prescindir en el mediano plazo de alianzas con otros gobernadores, lo que le permitía desancilar al nuevo ejército de agendas provinciales.⁸ Esto último se expresó con claridad en la forma en que el mandatario federal resolvió el problema del mando supremo, designando a Oribe —un extranjero sin intereses en la política local— por encima de otros jefes que reivindicaban su derecho a ser nombrados comandantes de la nueva fuerza, como fue el caso del gobernador santafesino Juan Pablo López, o del general Ángel Pacheco, militar de reconocida solvencia y considerado además como un federal de máxima confianza. De forma simultánea, el Ejército Unido le permitió al líder porteño ejercer el gobierno de los territorios insurreccionados, empleando a Oribe con “carácter de delegado del magistrado nacional y de jefe militar de una zona sometida a las duras consecuencias de la guerra civil”. A partir de allí se fue instaurando “una suerte de gobierno bicéfalo”, como apuntó con agudeza Tau Anzoátegui, que tenía como polos al gobernador de Buenos Aires, y a Oribe y sus principales comandantes como delegados político-militares en el interior.⁹

Puede decirse que desde su formación misma el Ejército Unido no solo funcionó como un medio para reprimir los levantamientos contra el rosismo, sino que también fue fundamental para fortalecer los “partidos”

federales de cada provincia y reacomodar sus alianzas con el gobierno porteño. Durante los principales tramos de la campaña los comandantes federales restauraron a los gobernadores depuestos, propiciaron la formación de asambleas para elegir nuevas autoridades y participaron en la organización de las comandancias de los valles y partidos rurales, afectadas por la intensa guerra civil.¹⁰ Esto último permite abordar el rol desempeñado por los comandantes federales en un contexto de “faccionalización de la política” caracterizado por el paulatino estrechamiento de las posibilidades de disidencia dentro del espacio público, estrechamiento que se tornó más agudo entre 1838 y 1842.¹¹ Fue en esa coyuntura cuando dentro de filas federales terminó de consolidarse la figura del opositor como un enemigo, conspirador o traidor que anarquizaba el orden público y al que era necesario erradicar de la escena, siguiendo una lógica belicista que dejaba un amplio margen para aplicar una violencia sin cortapisas. De forma simultánea, el Ejército Unido se constituyó en una auténtica máquina de propaganda, llevando a los territorios por los que transitaba una retórica de “guerra sin cuartel”. En efecto, mediante sus comunicaciones y órdenes diarias los oficiales federales alimentaron un tipo de discurso marcado por fuertes contenidos americanistas, que exaltaba la virtud y gloria de los federales y condenaba al cadalso a los

⁸ Ernesto Quesada, *La época de Rosas. Tomo III. Lavalle y la batalla de Quebracho Herrado*, Buenos Aires, Artes y Letras, 1927, pp. Principio del formulario 163-169; Julio Irazusta, *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia. Tomo III. 1840-1843*, Buenos Aires, Editorial Albatros, 1947, pp. 95-96; Víctor Tau Anzoátegui, *Formación del Estado federal argentino (1820-1852). La intervención del gobierno de Buenos Aires en los asuntos nacionales*, Buenos Aires, Perrot, 1965.

⁹ Tau Anzoátegui, *Formación del Estado*, pp. 204-205.

¹⁰ Micaela Miralles Bianconi, “Manuel Oribe y la campaña contra la Coalición del Norte. El relato de Ernesto Quesada”, en M. Chust (ed.), *El sur en revolución: la insurgencia en el Río de la Plata, Chile y el Alto Perú*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2016, y “En busca de la unanimidad política. La campaña de Juan Manuel de Rosas contra la Coalición del Norte a la luz del “Archivo Manuel Oribe”, 1838-1842”, *Palimpsesto*, vol. x, n° 13, 2018; Marcela Ternavasio y Micaela Miralles Bianconi, “Guerra y política durante el terror rosista (1838-1842)” en H. Sabato y M. Ternavasio (coords.), *Variaciones de la república. La política en la Argentina del siglo XIX*, Rosario, Prohistoria, 2020.

¹¹ Myers, *Orden y virtud*, p. 33.

“salvajes unitarios”, culpables de crímenes de “lesa patria”. En algunos momentos, signados por una fuerte polarización ideológica, los mandos de la fuerza federal cumplieron a rajatabla con ese propósito, como lo ilustran los sangrientos episodios de Quebracho Herrado (28/11/1840), Famaillá (19/09/1841) o la toma de Catamarca (29/10/1841), donde se desencadenó una durísima represión que no dudó en marcar los espacios públicos con las cabezas y cuerpos desmembrados de los principales antagonistas.¹² No obstante, esas acciones persecutorias y punitivas también encontraron una constante —y para Oribe sospechosa— oposición entre los propios “notables” del interior que, pese a su protesta de ser federales leales a la causa, con frecuencia estaban vinculados por lazos de familia, amistad o negocios con muchos de los clasificados como “salvajes unitarios”.

Para algunos sectores provinciales la lógica facciosa de ese “federalismo de guerra” que buscaban imponer Oribe y su núcleo más duro de oficiales era improcedente, en tanto amenazaba con romper los entramados sociales y políticos necesarios para gobernar una vez que el ejército se hubiese marchado de sus jurisdicciones. En muchas ocasiones terminó generándose una “violencia negociada” en el marco de la cual los mandos del “Ejército restaurador” debieron ceder ante las peticiones de indulto y perdón cursadas por representantes acreditados dentro del federalismo provincial, que facilitaron la excarcelación, huida u ocultamiento de presuntos “unitarios”. Los ejemplos de este tipo de solicitudes, con que los gobernadores buscaban concentrar el castigo en ciertos actores y proteger a otros, se repiten desde Mendoza a Córdoba. Incluso

Oribe llegó a reconvenir a figuras centrales del federalismo del momento, como el tucumano Celedonio Gutiérrez, por considerar que protegían de manera ostensible a enemigos del “sistema”.¹³ Es por esto que, si pretendemos analizar en detalle la reconfiguración del poder en el interior y el litoral tras la “crisis del sistema federal” ocurrida entre 1840 y 1842, se torna imprescindible explorar el modo en que cada provincia gestionó el problema de la oposición interna, los embargos y el paulatino retorno de los emigrados antirrosistas tras la intensa resemantización del campo político que había provocado el Ejército Unido durante su campaña. No obstante, luego de la “pacificación” llevada adelante en esa coyuntura, la posibilidad de articular una nueva alianza de dimensiones intraprovinciales contra Rosas quedó prácticamente cerrada, y solo se mantuvieron activos algunos focos insurreccionales, sobre todo en Corrientes, así como las persistentes “montoneras” fronterizas en el Norte y en el sector cordillerano del territorio.

El pasaje del Ejército Unido al Estado Oriental, luego de aplastar a las fuerzas de la alianza antirrosista comandadas por Fructuoso Rivera en la batalla de Arroyo Grande (Entre Ríos, 6/12/1842), marcó un giro importante en la alianza blanco-federal. A partir de allí Rosas debió retornar a la antigua estrategia de confiar la defensa del orden federal en el litoral a un gobernador provincial, en este caso el entrerriano Justo José de Urquiza, una figura en pleno ascenso a inicios de la década de 1840, que cumplió además un papel clave entre 1843 y 1845, auxiliando a Oribe

¹² Mario Etchechury-Barrera, “‘La devastación como cálculo y sistema’. Violencia guerrera y faccionalismo durante las campañas del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina (1840- 1843)”, *Foros. Programa Interuniversitario de Historia Política*, 2015.

¹³ He analizado varios casos de este tipo de negociaciones y conflictos en torno al “padrinazgo” de líderes federales que protegían a civiles y militares acusados de “unitarios” en “Los claroscuros de la lealtad. El Ejército Unido de la Confederación Argentina y las prácticas de la pacificación político-militar (1839-1842)”, *Secuencia*, n° 113, mayo-agosto de 2022.

en su campaña en el Estado Oriental. Por su parte, luego de cruzar el río Uruguay y acampar frente a Montevideo, en febrero de 1843, el Ejército Unido abrió una prolongada guerra de posiciones y se transformó, al mismo tiempo, en el núcleo alrededor del cual Oribe y sus colaboradores montaron una entera administración pública —el llamado “Gobierno del Cerrito”— un entramado de instituciones que incluyó Cámaras legislativas y ministerios, así como una completa organización de entidades económico-financieras, judiciales y educativas.¹⁴ Esta suerte de Estado paralelo a la administración montevidiana controló la mayor parte del territorio uruguayo durante los casi nueve años que se prolongó la contienda en territorio oriental, y editó su propio periódico, el *Defensor de la Independencia Americana* (1844-1851), uno de los principales voceros de la doctrina del americanismo propalado por Rosas y Oribe, como lo analizó Jorge Myers.¹⁵ Con pocas excepciones, los ministros y diplomáticos europeos, así como los demás gobiernos de la región, solo se dirigieron a Oribe en su calidad de jefe del ejército sitiador, sin aludir al título de “Presidente Legal” que únicamente el gobernador de Buenos Aires seguía otorgándole. Por otra parte, si para Rosas la presencia del Ejército Unido frente a Montevideo posibilitó estabilizar el frente oriental y controlar a la oposición en el exilio, reducida a las trincheras de la capital y a unos pocos focos opositores en el litoral del Uruguay, Oribe en cambio debió lidiar con el hecho, difícil de contestar a primera vista, de que había retornado al mando de una fuerza “invasora” que revelaba, tanto en su composición como en su misión política, una sospe-

chosa dependencia del gobierno porteño. De ahí que, con el tiempo, se promoviera dentro de las filas el ascenso de oficiales orientales para los principales puestos de mando, mientras que desde las páginas de *El Defensor de la Independencia Americana* se proclamaba en repetidas ocasiones que se trataba de un “Ejército Libertador de Argentinos y Orientales” cuyo cometido era restaurar las leyes y las autoridades legales, en oposición a la turba de aventureros y conspiradores aliados extranjeros que controlaban los negocios públicos de Montevideo.¹⁶ Tal como lo demostró Myers en *Orden y virtud*, con independencia del carácter circunstancial que pudieron revestir algunas de estas controversias, ellas constituyen un punto de mira interesante para analizar los procesos de reconfiguración de las identidades políticas —“partidistas” y nacionales— en un momento crucial de la formación estatal en ambas márgenes del Plata.¹⁷

Pese a los avances que se han realizado en los últimos años, la reconstrucción del federalismo rosista en las provincias del interior y el litoral de la Confederación Argentina, así como su alianza con el “partido blanco” oriental, sigue constituyendo una de las grandes materias pendientes de la historiografía del período. Tal como apuntamos arriba al repasar de modo sucinto algunos tópicos e hipótesis de lectura, un estudio sobre la composición y trayectoria del Ejército Unido entre 1840 y 1851 podría constituir un buen caso de estudio para volver a pensar los procesos de formación estatal en ambas orillas del Río de la Plata, incorporando en un relato más heterogéneo y complejo a instituciones y actores que hasta ahora han permanecido en un lugar secundario en comparación con la importancia otorgada en las agendas historiográficas a

¹⁴ Mateo Magariños de Mello, *El Gobierno del Cerrito. Colección de documentos oficiales emanados por los poderes del Gobierno presidido por el Brigadier General D. Manuel Oribe, 1843-1851. Tomo II. Vol. 2*, Montevideo, s.p.i., 1961.

¹⁵ Myers, *Orden y virtud*, pp. 58-72.

¹⁶ *El Defensor de la Independencia Americana*, Miguelete, n° 32, 6/8/1845, p. 3.

¹⁷ Myers, *Orden y virtud*, pp. 58-72.

los grupos de poder centrados en Buenos Aires y Montevideo. El hecho de que el Ejército Unido atravesara a lo largo de sus campañas diversas jurisdicciones provinciales y estatales, y que en ocasiones ejerciera una suerte de “gobierno delegado”, lo convierte en un mirador privilegiado para abordar una investigación que abandone enfoques y metodologías parcelarias y apueste por una lectura transversal de la geopolítica regional. □

Bibliografía

Irazusta, Julio, *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia. Tomo III. 1840-1843*, Buenos Aires, Editorial Albatros, 1947.

Magariños de Mello, Mateo, *El Gobierno del Cerrito. Colección de documentos oficiales emanados por los poderes del Gobierno presidido por el Brigadier Gene-*

ral D. Manuel Oribe, 1843-1851. Tomo II. Vol. 2, Montevideo, s.p.i., 1961.

Miralles Bianconi, Micaela, “Manuel Oribe y la campaña contra la Coalición del Norte. El relato de Ernesto Quesada”, en M. Chust (ed.), *El sur en revolución: la insurgencia en el Río de la Plata, Chile y el Alto Perú*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2016, pp. 211-228.

Myers, Jorge, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2011

Quesada, Ernesto, *La época de Rosas. Tomo III. Lavalle y la batalla de Quebracho Herrado*, Buenos Aires, Artes y Letras, 1927.

Tau Anzoátegui, Víctor *Formación del Estado federal argentino (1820-1852). La intervención del gobierno de Buenos Aires en los asuntos nacionales*, Buenos Aires, Perrot, 1965.

Ternavasio, Marcela y Micaela Miralles Bianconi, “Guerra y política durante el terror rosista (1838-1842)” en H. Sábato y M. Ternavasio (coords.), *Variaciones de la república. La política en la Argentina del siglo XIX*. Rosario, Prohistoria, 2020, pp. 119-138.

Resumen / Abstract

Juan Manuel de Rosas, el Ejército Unido y la geopolítica rioplatense. Algunas hipótesis y lecturas historiográficas (1840-1851)

En el presente artículo se exponen algunas hipótesis sobre el papel desempeñado por el Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina en la geopolítica de la cuenca del Río de la Plata, en especial durante la crisis del llamado “sistema federal”, entre 1840 y 1842. En particular, nos detendremos en el modo en que el gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, empleó esta fuerza de guerra como un instrumento para el gobierno político-militar de las provincias del interior y el litoral durante las guerras civiles regionales, y como un medio de intervención en las contiendas del Estado Oriental del Uruguay.

Palabras clave: Federalismo - Ejército - Guerras civiles - Río de la Plata - Geopolítica

Juan Manuel de Rosas, the United Army and the geopolitics of the Río de la Plata. Some hypotheses and historiographic readings (1840-1851)

This article presents some hypotheses about the role played by the Ejército Unido de Vanguardia of the Argentine Confederation in the geopolitics of the Río de la Plata basin, during the crisis of the so-called “federal system” between 1840 and 1842. In particular, we will focus on how the governor of Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, used this military force as an instrument for the political-military government of the interior and littoral provinces during the regional civil wars and as a means of intervention in the conflicts of the Estado Oriental del Uruguay.

Keywords: Federalism - Army - Civil Wars - Río de la Plata – Geopolitics

